

ROCK ARGENTO

Fue desenrollando con gestos cansados los cables, de a uno. La subida a la última cuesta hacia el escenario fue ardua, y las vérices le jugaban una mala pasada, como siempre.

No en vano tenía cincuenta y tres gastados años. Mucha merca, mucha yerba y no siempre de la mejor. Muchas mujeres con enfermedades, demandantes y violentas. Hijos conocidos y por conocer.

Mucho de todo, demasiado para una tarde lluviosa y con una tormenta en ciernes.

Se rascó la cabeza debajo de la gorra de rugby, prendió el primer cigarrillo de la segunda cajetilla y siguió, desenrollando cables y pensamientos.

Siempre le gustó su trabajo de sonidista, fue lo que siempre quiso hacer, por eso no entendía esta desazón de fin de siglo, este escozor intercostal, interestelar, incipiente y jodido.

Vio entre el público algunos conocidos, los de siempre, los veteranos que llegaban antes para acomodar sus huesos obstinadamente rockeros antes que los pibes que todo lo podían.

Hacía mucho tiempo que no iba a un recital como mero espectador, y no creía volver a hacerlo. ¡A otro perro con ese hueso!

Vanina llegó como soplada por el viento norte, se plantó a su lado como una ráfaga fresca y le soltó:

- Viejo querido, ¿tenés un finito?
- Nada mi vida, seco y legal como un rati cualquiera.
- Joder contigo, argentino cagón, si te doy vuelta seguro que te saco algo.
- Probá, rubia de mi corazón, yo soy capaz de subir el Everest por vos, pero por más que me des vuelta como una media, nada caerá de mi persona. Estoy legal desde hace más de doce años.
- ¡Mirá vos con el viejito argento!, ¿cómo hacés?
- Y... nada, ¡me abstengo!

Y las risas subieron al escenario y se hicieron eco de la primera guitarra que subía, probando sonido.

Vanina se fue y él siguió con lo suyo. Una angustia enorme lo invadía, y ya a esta altura, no sabía indagar dentro de sí para detectar de dónde venía.

Ya pasará, se prometía, y agarró la guitarra dos, para probarla. Hizo algunos acordes y empezó a puntear. La primera guitarra, un pelilargo famoso y fanfarrón, dejó por un minuto su ego de lado y le dio pie al viejito. Guitarra, vas a llorar, pensó, y en su mejor estilo Nirvana, improvisó un acústico emocionante. ¡Ah! qué placer, esto le faltaba a su vida, música, mucha música interpretada por él aunque más no fuera para él sólo.

Su corazón latía como potro joven, se arrebolaron sus mejillas y sintió que era súper estrella del rock.

Una sola mirada no lo dejó un instante y él la sintió sobre sí como una caricia largamente esperada.

Después que subió la primera banda, se acomodó en los escalones para fumar un faso, el que le había negado descaradamente, antes, a Vanina.

Entonces sintió la presencia de la mujer y su fragancia a patchuli.

- ¿Qué hacés, Julio?
- Todo bien Marcela, ¿vos?
- Bien, si bien se le puede llamar a sobrevivir en un país que cada vez se parece más al país de dónde escapamos en el 75.
- ¿Viste?; el mundo está loco en todos lados, amiga.
- Conste que no soy tu amiga, sólo la madre de tres de tus hijos a los que no le pasás la asignación porque no declararás ganancias, turro.
- Y, sí, pero bien que les pago el departamento donde viven.
- Sí. Currado a tu mujer anterior
- Y bue, no se hubiera casado con un turro, si hasta vos se lo advertiste y lo mismo se casó. Pal caso, es igual, los chicos viven en pleno centro de Barcelona y no pagan un peso. Es la idea. Fin de la discusión
- Sí, ponele. Quería decirte un piropo, en bien de la liberación femenina y la igualdad de género.
- Dale, tengo un mal día, decime.
- ¿Por qué en vez de seguir tirando cables, no empezás a hacer lo que realmente te gusta, o sea, tocar la viola?
- ¿Vos decís?
- De una, como dicen los chicos.

– Capaz, nomás.

Se fue y dejó en el aire un fuerte aroma a hembra en celo, a mujer bonita, a mina fuerte y sabedora de serlo.

Él se quedó con sus pensamientos, al borde del abismo, con un vacío interno que le helaba los huesos más que a Aureliano Buendía en el peor de sus días en Macondo.

Un escritor es tal cuando lo que sienten sus personajes, también lo pueden vivir sus lectores, pensó, haciéndose el intelectual.

Cuando terminó el recital, se instaló bajo las luces que se negó a apagar, aun sabiendo que le costaría un dineral.

Y ahí, solo ante la inmensidad del tiempo y el espacio, ahí donde nadie lo escuchaba, donde su vista se podía perder en los primeros callejones del estacionamiento ahora vacío.

Ahí, es el punto imaginario donde antes que mañana saldría el sol, como cada día.

Ahí, en el final de su angustia, en el principio de su muerte, tocó la mejor canción jamás ensayada, pulsó las cuerdas como un prodigio salido de la nada. Lloró desde el corazón, impropriamente, desconsoladamente, como una mujer preñada, como un niño viejo.

Ahí, en ese triste lugar de Europa, olvidado de todo, tocó la guitarra como si acompañara al Flaco, como si cantara Baglietto, como si Charly lo acompañara en el piano, como si fuera la última vez.

Ni una sola flor dejaron sobre su tumba.

Los que lo conocían, demoraron un acorde. Vanina tiró un chinito de la mejor flor y sus hijos lo recordaron como vivió. Tirando cables en un país extraño. Siempre extraño.